IN YOUR HEAD

FERNANDO ANTOLÍN (WRITER) · JAIME GONZÁLEZ (ARTIST)

TEMPORADA 9 - EPISODIO 1



«LAS BANDAS ROJAS QUE VESTÍAN SOBRE SUS BRAZOS ALERTABAN DE SU VOLUNTAD DE SER ELIMINADOS EN CASO DE SER VÍCTIMAS DE UNA MORDEDURA. LA MAYORÍA ODIABA LA IDEA DE CONVERTIRSE EN AQUELLAS GROTESCAS CRIATURAS Y PREFERÍA DEJAR DE EXISTIR PARA SIEMPRE. TAN SOLO SHANE VESTÍA EL DISTINTIVO CELESTE QUE INDICABA SU INTERÉS POR ABRAZAR AQUELLA NUEVA FORMA DE VIDA».

acariciaba sus brazos casi despudos mientras la

luna se mecía somnolienta en aquel cielo colmado de estrellas. Desde que las ciudades apagaron su último brillo eléctrico. las noches se habían vuelto más noches. Más espesas. Más densas. Las cruces recortaban su opaca silueta contra aquel fondo irreal de fulgor argentado mientras Shane iba clavando sus aplomados pasos en la hierba que surgía del camposanto. El resto de la banda seguía su zancada líder con apurado aliento, pero seguros de que llegarían a buen puerto. Sobre su bíceps derecho, además de una docena de cicatrices previas al fin del mundo, lucía un brazalete azulado que diferenciaba su figura de las demás. No se trataba de un símbolo de jerarquía, sino de sus convicciones. En lo que se refería al rango, estaban todos entre iguales. En familia.

Un puño cerrado alertó a quienes andaban a su espalda de que debían detenerse de súbito. Un hilillo de luz brotaba del suelo abriéndose paso a través de una maraña de hojarasca y tierra revuelta, símbolo fosforescente de materia en descomposición, quizá no del todo inerte. Media docena de utensilios puntiagudos y punzantes perforaron inclementes el terreno sin oportunidad alguna de que nada surgiera de la fosa. En aquel tiempo bárbaro en que los muertos regresaban de su tumba no cabía andarse con remilgos. Tras escarbar un poco, hallaron los huesos huérfanos de una mano cuyo propietario debió abandonar al regresar a su nueva vida.

Esparcieron sus traseros alrededor de aquella lápida sin dueño dispuestos a pasar la noche al raso. Los cadáveres vivientes gustaban de retornar a lugares que amaron en vida y rara vez esto incluía los cementerios. Aquellos templos de muerte eran en realidad poco populares entre los no vivos. Aun así, pese a lo seguro del emplazamiento, siempre resultaba complicado conciliar el sueño y era suficiente el zumbido metálico de un insecto o el estremecimiento de una hoja agitada por el viento para que algunos párpados inquietos se abriesen de par en par.

La eclosión zombi no fue cuestión de una semana ni de dos. Al principio, parecía controlable, algo casi anecdótico que formaba parte de los últimos minutos del telediario. No tardaron, sin embargo, en aparecer el caos y la confusión. Eran pocas voces, aunque ruidosas, quienes ponían en constante tela de juicio las recomendaciones de profesionales y científicos, pero fueron suficientes para motivar imprudencias y descuidos torpes que bastaron para desbordar la amenaza de su controlada zona de seguridad. De ahí todo fue a peor. En las áreas más pobladas se calculaba que un solo individuo podía morder e infectar a entre cinco y diez personas en un solo día. Y cada una de estas haría lo propio al día siguiente con otras tantas. Y también todas sus víctimas una jornada después. En las grandes urbes el crecimiento se volvió rápidamente exponencial. En las zonas rurales, la poca densidad poblacional y su dispersión ayudó a mantener algún núcleo humano aislado. Solo durante algún tiempo. «NO TARDARON, SIN EMBARGO, EN APPARECER EL CAOS Y LA CONFUSIÓN. ERAN POCAS VOCES, AUNQUE RUIDOSAS, QUIENES PONÍAN EN CONSTANTE TELA DE JUICIO LAS RECOMENDACIONES DE PROFESIONALES Y CIENTÍFICOS, PERO FUERON SUFICIENTES PARA MOTIVAR IMPRUDENCIAS Y DESCUIDOS TORPES QUE BASTARON PARA DESBORDAR LA AMENAZA DE SU CONTROLADA ZONA DE SEGURIDAD. DE AHÍ TODO FUE A PEOR».

Los muertos terminaban por volver donde vivieron sus recuerdos más preciados y con frecuencia estos acontecieron en el pueblo en época estival.

La expansión de la masa zombi terminó por ralentizarse. No tanto porque se encontrase una solución con la que combatir su crecimiento, sino porque quedaban ya pocos humanos a los que morder. Shane intentaba no hacer ostentación de su pasado como estudiante de matemáticas, pero las horas de vigilia eran demasiadas v los silencios también muchos, así que más de una vez había alienado a su pequeña tribu de adopción con las ecuaciones de Lotka-Volterra que modelizaban el comportamiento de un sistema depredadorpresa. Según estas, cuando los depredadores dominaban el entorno y las presas se volvían escasas, era de esperar una reducción rápida en el número de cazadores y, en consecuencia. un aumento correspondiente de los cazados. Aunque el cálculo diferencial no se contaba entre las múltiples habilidades de aquel grupo de desdichados, el relato didáctico y motivador de Shane alimentaba sus sueños ilusos de un inminente resurgir humano. Nadie parecía reparar en que aquellas ideas se apovaban en el instinto natural reproductivo de las especies y, en aquel momento, ninguno de ellos estaba por la labor de intentar traer a un niño al mundo. No a aquel mundo por lo menos. Sin embargo, preferían llenar sus oídos con las ensoñaciones de aquella mente preclara que les explicaba el principio de Volterra, según el cual podría existir un escenario en el que un hecho fortuito resultase en la reducción del número de zombis y en el aumento de aquellos que todavía tenían un alma.

Mientras sus ojos terminaban de cerrarse, se engañaban diciéndose «no son cuentos, son matemáticas», sin sospechar que la aplicación de aquellos cálculos a la situación que estaban viviendo estaba muy cogida por los pelos. Shane, consciente de lo ficticio de su relato, anegaba su mente del recuerdo de los oscuros ojos de Makoto para lograr alcanzar el sueño.

Un grito desgarró el sosiego de la noche alertando a todos los presentes. Uno de los gemelos tenía sus mandíbulas hincadas en la garganta de su hermano mientras este se deshacía en un alarido inhumano y una mueca sacada directamente de las pinturas negras de Goya. Ante el terror generalizado, Shane se irquió con su habitual temple v ensartó con su bayoneta aquellas cabezas idénticas. Las bandas rojas que vestían sobre sus brazos alertaban de su voluntad de ser eliminados en caso de ser víctimas de una mordedura. La mayoría odiaba la idea de convertirse en aquellas grotescas criaturas y prefería dejar de existir para siempre. Tan solo Shane vestía el distintivo celeste que indicaba su interés por abrazar aquella nueva forma de vida. Pese a su respeto y curiosidad por aquel nuevo paso evolutivo, los brazaletes colorados que portaban sus compañeros ayudaron a que tomase la decisión de forma resolutiva y sin cargo de conciencia. Los vivos apreciaban que se les dejase claro cuál era el último deseo de quienes se iniciaban como zombis. Rojo o azul. Aun así, algunos de los restantes todavía no habían tomado una decisión al respecto y, por tanto, no llevaban la tira coloreada.

La seguridad del cementerio había sido puesta en jaque con el chillido. Antes de que apareciesen visitantes no deseados necesitaban moverse. Acostumbrados ya a la pérdida, acaso dedicaron un par de miradas a los cuerpos de sus compañeros caídos y siguieron su camino. Boris debía haber sido mordido durante el día y no había dicho nada. O quizá la herida había sido mínima y ni siquiera había sido consciente. En todo caso, sus cadáveres habían sido tragados por la noche y aquellos que aún respiraban ya estaban saltando el muro que rodeaba el recinto con los féretros. No tardaron en hallar un rincón seguro en el que apurar las últimas horas de tiniebla.

Shane llevaba demasiadas heridas. La mayoría en su piel, pero las más profundas en sus entrañas. En su alma. Pero todas ellas se las hizo antes de los zombis. Antes de Makoto. Antes de ser Shane. Un terror absoluto a la vida, a quererse, a aceptarse sin vergüenza habían empujado demasiadas veces la hoja de una cuchilla sobre cada rincón de su cuerpo. Pero llegó Makoto y le enseñó a silenciar las voces de aquellos que no querían ver que Shane era una persona diferente. Como si tuviese un mando a distancia, las opiniones de los intolerantes se pusieron en *mute* y sin todo este ruido absurdo resultó mucho más fácil encontrarse v descubrir quién era v entender que no encaiaba en esa visión de la vida tan en blanco y negro. Su existencia encajaba más en los grises y no en ese paradigma tan absoluto, binario y dicotómico con el que los demás parecían clasificarlo todo. Y no hubo más cuchillas. Y no hubo más lágrimas. Si acaso de felicidad

Su historia de amor se forjó en medio de un apocalipsis zombi. Mientras los muertos derribaban la tapa de sus sarcófagos. Shane aburría a Makoto con sus conocimientos de segundo de carrera sobre cómo era esperable que la cantidad de aquellas criaturas se expandiese siguiendo una función exponencial. A Makoto le molestaba especialmente aquella palabra, «criaturas», no mucho mejor que «monstruos» y otras lindezas que se popularizaron velozmente. Habían sufrido ser víctimas de apelativos semeiantes durante la mayor parte de sus vidas por personas que no comprendían que sencillamente eran diferentes. No resultaba justo que su incapacidad de entender la naturaleza de aquellos seres que regresaban para arrojarse a una nueva vida deviniese en su intolerancia. Makoto era lingüista y una de sus teorías favoritas era la del «órgano del lenguaje» de Noam Chomsky. Según el pensador norteamericano, hay una parte de nuestro cerebro predispuesta para el lenguaje, totalmente lista desde nuestro nacimiento y equipada para armarla con una gramática y un vocabulario que aprenderemos después. Sin embargo, esta región de nuestra zona gris está tan bien preparada que aprender a hablar, a comunicarnos, es un proceso prácticamente instintivo. Makoto estaba convencida de que, pese a haber perdido gran parte de sus recuerdos, los zombis seguían utilizando las herramientas más básicas de su cerebro. Al fin v al cabo, sabían desplazarse. reaccionar ante un indicio sonoro, alimentarse, defenderse... Si según Chomsky el acceso al lenguaje estaba ahí, en la raíz de nuestra biología, era muy posible que aquellos seres pudieran comunicarse. De ser así, Makoto entendía a los muertos vivientes como el siguiente paso en la evolución, como una utopía alcanzada: una vida sin preocupaciones en la que regresar a los lugares y momentos en los que se fue más feliz y mantenerse ahí a perpetuidad. Sin horarios, sin rutinas, sin jefes ni hipotecas. Y, además, siguiendo a Chomsky, quizá poder compartir esos sentimientos con tus seres queridos. Desde que mordieron a Makoto, Shane siempre fue de azul celeste.

El día empezaba a deshojar y los primeros rayos de luz los desperezaron. Al principio, los gruñidos fueron tímidos, pero poco a poco empezaron a sumarse más y más. La negrura de la noche les había conducido a un error de cálculo y aquel emplazamiento aparentemente bien oculto resultaba especialmente llamativo al amanecer. pues el sol se proyectaba sobre ellos a través de un agujero en un muro como si se tratase de un foco resaltando la presencia del protagonista sobre el escenario de un teatro. El ruido de golpes, pisadas y quejidos guturales ininteligibles resultaba casi ensordecedor. Estaban rodeados. Los zombis son lentos y torpes, pero su fuerza está en los números. en ese crecimiento exponencial que hace que en poco tiempo su cantidad sea inabarcable. Ahora estaban acorralados y su mayor velocidad, fuerza y agilidad eran inútiles contra aquel ejército de cadáveres que se contaban por docenas y que poco a poco se les acercaban por todas las direcciones dispuestos a devorarlos. El hedor de su carne pútrida ya les alcanzaba y la sensación de horror y asco petrificaba sus articulaciones. Shane buscaba una solución mirando con atención cada detalle a su alrededor. Una mano descompuesta con un anillo de casada. Un torso calcinado invadido por gusanos. Un hacha clavada en el cráneo de un niño que no pasaría de los diez años. Dos profundos ojos negros bañados en lágrimas de alegría que le observaban con devoción. Makoto. Un sonido imposible atravesó su estropeada garganta y, de repente, los demás muertos dieron la vuelta y regresaron por donde habían venido, como si en alguna parte de sus maltrechos cerebros hubiese aún espacio para la comunicación y hubieran recibido una instrucción ineguívoca. Tan solo Makoto se siguió acercando a quien había sido su amante en una vida previa. Shane apenas levantó la voz, emulando la orden de su antiguo amor. «Dejadnos». Respetando su brazalete azul, los suyos abandonaron el espacio con discreción, para permitirle embarcarse en una nueva existencia. Cuando sus labios se besaron, a Shane le invadió un fugaz instante de duda y miedo. No tardó en recordar las palabras de Makoto siempre que acallaba sus temores: «Está todo en tu cabeza».

